unas flores en la tela inconsútil y ajada
de su falda.
Y tú me miras desde el pozo de tu atalaya pro-
funda con los ojos apagados sin dolor y
sin miedo.
Y no te inquietas en tu paz misteriosa donde ya
no puede existir aquella amenaza de que-
darte ciega.
Y me reprochas como otras veces tiernamente
-¿dónde vas a estas horas?- y también
"¿por qué pasas sin decirme nada al lado
de esta casa que ahora es mía hijo otra
casa más donde todavía no podemos vivir
juntos?".

3

Si mirar es mi oficio ¿para qué lo he aprendido?
!Ay, ojos que no ven, que no ven nada ahora!
Tan cerca de una hermosa mañana -y tú muriendo-
de junio -y tú muriendo-, y yo lejos, y Mérida
recogiendo un ardiente sol en las piedras húmedas,
rama, María, madre, con rocío temblando,
con Dios que ya no llora de llorarse a sí mismo,
y las mismas cigüeñas sobre los acueductos,
y el tren que me acercaba a lo desconocido,
y el esplendor del día llevándote a la sombra,
y avanzar sin sentido, ya sin arte ni parte,
y tarde hacia tu invierno, definitivo y único,
al que tanto temíamos desde aquel largo otoño.
Dime que fue muy breve, y que estaban mis labios
en tu frente, en tu mano, en el peso del aire
que se te iba negando, donde acaso mi nombre
-nunca fuera tan alto pronunciado y cernido-
fue amado sin medida y ahogado en el silencio.
Dios con su mano activa dispuso las arenas
y escribió lo más dulce que tú me deseabas:
"Que me encuentre dormida". Y ¿en qué sueño, Dios mío?
"Y he esperado despierta porque esperar es bueno."

(Hijo ¿hacia dónde corres? Y no llegas ahora.
¿En qué dunas se hunde tu andar desentendido
y por qué te has parado a mirarme en los árboles,
a pensarme en los árboles, si yo ya no soy canto,

ni pájaro, ni nido, ni fruto que la umbría
proteje, ni siquiera la desazón del viento,
ni nube amparadora de la tibia arboleda?
Corre; llega deprisa... Pero, mejor, no llegues.
Las plegarias, inútiles, no alcanzan su infinito,
ya paran nuestras voces los muros terminales
y acoge nuestra súplica un silencio no usado.
!Ven, ven! Tú me dijiste: "yo vendré si me llamas".
Y no es verdad ahora... ¿O has estado aquí siempre,
sujetando los dientes del implacable lobo
para que no cumpliera su hambrienta dentellada?
!Ven pronto! Están llamando, y nadie abre la puerta.
!Abran! ¿Nadie lo oye? Tiene que estar ahí.
¿No suena en la escalera su paso? Y esa sombra
que veo en la terraza ¿no es la suya y lo anuncia?
Él no faltaba nunca, y ésta era nuestra cita,
nuestra horrorosa cita, pero ahora ambicionada.
!Oh, no! Mejor no llegues. Falta una vez un día;
detente contemplando la belleza del mundo,
algo que con su esencia detenga la mañana
y que a ti te entretenga con la luz de la vida.
Todo lo he compartido contigo. Era tan poco.
Y en poco se destruye su fingida estatura,
que contemplamos juntos. Se estaba bien allí.
Dios era tan pequeño, tan suficiente y justo.
!Párate, oh Dios, ahora, a orillas de mi cama!
Entibia tanto frío. !Detente! ¿No me oyes...?
Están llamando, estaban llamando, está llamando.
Es él. Apenas oigo, pero suena su música;
está sonando dentro de las alas del águila,
dentro de la tormenta y en lo hondo de un valle,
y en estos arañazos últimos de mis manos
y que acercan las sábanas húmedas a mi cuello...
Decidle cuando llegue que me he dormido, que esto
no es nada, que la nada no es nada, que no baje
de ese tren que le acerca y que suena tan lejos.
¿Y esa sombra, esa sombra que pasa, no es la suya?
¿O soy yo misma dándole oscuridad al aire?
¿O son mis ojos ciegos que no lo verán nunca...?
No, que no llegue ahora a esta tierra sin nadie
donde yo era su patria.)

4

Oh, sí; tú eras mi patria. Y de la patria un
día dijo Luis Cernuda, en su trémula

Elegía española: "Háblame, madre y al hablarme así digo: que ninguna mujer lo fue de nadie como tú lo eres mía".

Sí, mía, madre mía, o muerte, o patria perdida y restaurada con los ojos cerrados por alguien que ya no era tu hijo gritando en el vacío.

Patria enterrada, arca enterrada, "arca de cariño que robar -para cada uno de nosotros solo-; madre que nos espera, como madre final, con un abrazo inmensamente abierto".

Yo ya he visto tu rostro muerte confusa como un ángel decapitado y no sé si era el mismo que se repartía triunfante en los surcos iguales de aquellos bancos largos de madera en la iglesia del domingo con el techo arruinado por las manchas del agua.

Y no es que Dios estuviera allí es que Dios era toda la mañana y el jardín del paraíso y la madera y los árboles sonando cerca y la luz eran el ámbito de su presencia y de su omnímoda lealtad.

Y tú, madre, eras Dios y estabas en Dios porque estar en Él era sentirte viva y gozar de tu respiración en el dulce silencio del verano.

Dios era aquella iglesia rota que no se parecía a las altivas catedrales y sus vidrieras eran transparentes como la piel de Dios y azules y amarillas y otra vez amarillas y azules.

Y tú le dabas una vuelta a la cadena de tu bolso en la muñeca para que no te lo robaran y Dios era yo mismo y tú creías que en mi música sonaba su música y tocabas su cuerpo sagrado cuando presionabas levemente mi brazo con el tuyo y "se está bien aquí".

Y "dime cuánto tengo" y yo te imponía silencio porque como una niña rompías la unidad de la clase y por complacerte abría el monedero de malla para contar para hacer que contaba aquellos míseros caudales que ya no conocías.

No es que Dios se asomara a las ventanas amari-la

que, sin embargo, quiere romper venas
y estertores, y afirma bien la pluma,
aunque rompa el papel,
por insistir, celosa, en tu abandono,
esta carta es un luto
que tú le estás dictando al maniatado.
Voz tuya que en mí suena
con oquedad en esta gruta insomne
que ahora soy al nombrarte;
la voz que nada cubre
cuando quiero, insistente, hacerla mía.
Voz que nace del hielo y va hacia el hielo.
Y tus desamparados hombros fríos
no tienen la envoltura
de mi techo sonoro ni el abrigo
de aquel trenzado azul de una toquilla
que de pronto acertó con tu deseo
como en una diana iluminada.
Apenas era un poco de materia
en las manos delgadas de mi hija
como una nube sorprendida a tiempo
o el sol de Dios posándose en tu espalda.
Era un trozo de mar, y su oleaje,
junto a la espuma de tu pelo blanco,
ponía una caricia entre la nieve
y allí se entretenían las alondras.
Un júbilo doraba tu sonrisa
con sed de amor en el amor de alguien.
Por la ventana entraban, muy despacio,
la sal del agua y el dulzor del viento.

Tu amor era más fuerte que los trigos,
y por eso era el mar,
apasionado y tierno en su grandeza,
insistente, extremado, y sin orilla
cercana. Y yo era un vaso,
derribado en la arena,
sin posibilidad de contenerte,
sabiendo que mi trago era una mínima
aceptación, un fiel recibimiento.
Yo dije alguna vez
que sabía de amor. Y me engañaba.
Si tú eras el amor, amor no era
mi ciencia, y mi ejercicio, y mi abandono;

Porque en amor es sólo lo extremado
lo verdadero. Somos aprendices
de amor; somos heraldos
de su desmesurada potestad
y transmitimos una copia pálida
de lo que hemos oído desde un sueño.
En junio se ha doblado
tu agostado trigal, y esas alondras
ahora con barro sucio entre las plumas
han llenado los surcos
con lo que era su vuelo, y sus canciones
en un sepulcro sin cerrar se pierden.
Y suena el mar, tu mar, lejano siempre
en el acantilado de mi pecho
que nunca te entendió ni te merece.
Rompes mi desamparo y no eres nada.
Brillo cuando me alcanzas,
agua lustral y amante,
y te vuelves dejando una caricia
que no es el mar; es sólo su apariencia.
Estas aristas miran,
están mirando a Dios, hieren a Dios,
que ahora es el viento, y pasa. Está pasando.

6

La memoria es un desconcierto, y tú estás ya en mi memoria, madre mía.

Tu presencia era eterna, y era verificable tu verdad y tu rincón de luz tu certeza de alma y elevada torre tu agonía doliente y exceso de cercanía tu inexplicable contento.

Pero ya eres la confusión y el recuerdo y ahora tan pronto estás habitando un reino lleno de contradicciones en el que yo aparezco como extranjero y absorto.

¿Cuándo has empezado estás empezando a ser recuerdo esa falacia ese fanal de escogimientos y de flores infieles que imitan tristemente la verdad?

Lo que queda de mi tiempo sobre la tierra se irá haciendo entramado del tuyo y va a ser como una selva informe de revelaciones y nada tendrá lugar exacto ni orden ni concierto.

Una brizna de vida como una semilla hondamente sem

brada había servido constante para darme el número de oro que valorara mi hombría y mi seguridad y mi partícula de fe.

Ahora el grano de trigo enterrado como en la piedra inmóvil y secotdonde un día fui criatura no altera la hierba y la abandona a su reciente orfandad.

Y yo soy esa hierba que hace reinar la sombra del frondoso árbol para el que ha sido creada y asombrosamente dispuesta.

Pero al hacerte memoria de pronto mi evocación es confusa y mi pasión cercada de soledad ya no es la la patria que para mí tú eras y cae detrás del horizonte como un sol que sabe que jamás volverá el triunfo del amanecer.

Barandal de imponderable fortaleza quitamiedos suficiente para creer confiado que nunca podría despeñarme hasta el infinito de la nada.

Estoy en lo alto de la cuesta al final de la pendiente vulnerada y necesitaba tu apoyo al que no solicitaría mi mano pero estaba segura de encontrarte allí.

Llevaba el desvalido un báculo de aire golpeaba mi "escalón de madera" donde la tierra alteraba con beneficio la amenaza de su implacable precipitación.

Eras el cuarto de al lado aunque allí no estuvieras la pasiva vecindad inalterable y yo no te oía ni tú me podías oir como ahora desde la muerte pero la muerte no era la mano eternizante tendida hacia la mía con un abismo y una pregunta enmedio que tú contestabas desde tus iluminadores declinantes destellos.

Y el recuerdo no alumbra cuando la memoria es una lámpara donde el aceite chisporrotea fantasmal y cambiante y ahora sí es verdad que puede cesa cesar en esta galería donde un minero ciego con los ojos vacíos busca la desmantelada inicial de tu nombre.

Es una madrastra la memoria que hace más profunda y desesperada la ausencia de la madre verdadera.

Y no puede la tierra con el peso de la tierra encima y nace sólo tierra de la tierra y la gar-

ganta se hace tierra de memoria y son tierra de memoria los labios y desde ellos asciende un beso de tierra memorial.

In memoriam... in memoriam... in memorian... una algarabía silenciosa de un subalterno rostro una ceniza enfriándose desistiendo.

"Recordar, recordar... y no es la vida lo que vuelve; es la muerte la que acosa"

Es ahora cuando cobran sentido estos versos que escribí hace mucho tiempo y acaso estaban ya escritos para ti recordada en tu presencia.

Jueves y nieves y cúpulas de San Juan en Oviedo sobre mi llanto bautismal y vistas mucho después y Covaleda fría y Soria fiesta y dorado Toledo esperanzado Madrid y ríos consecuentes.

Y tú en todo radiante y cobijada talla incansable y miniada en su altura y cereal y consabida y la mano didáctica señalando con el puntero dócil brillante por tu apretado fervor el mapa grande de pálidos colores provinciales y la primera lección del mundo mentira poderosa que ahora es verdad y se calla herméticamente Urbión silencio Tajo silencio y fuego silencio provocado en los fraternos pinares.

Porque todo es sustancia "de ríos que se van" juanramonianos de llama que no puede dibujarse en la frente ni albergarse entre los brazos de aire que no se parecen nunca al aire y de tierra que no se hace evidente hasta que se devora a sí misma con la derrota final de su enaltecimiento.

No es nada la memoria no sabe a nada la memoria y paladeamos hambrientos el dolor que ha dejado la túnica de la niebla desgarrada que tocas y no está en el arbusto con el fruto tardío estremeciéndose bajo la nevada.

7

¿Ante quién justificar tanto dolor exhibir tanto desastre acumular tanta broza de hombre